

procedente de Indias y la mayor parte de las riquezas que conducia. En la córte de Madrid se temian traiciones semejantes á la del conde de Melgar, almirante de Castilla, que aunque agasajado por el gobierno, huyó á Portugal, publicando allí un manifiesto en que se declaraba partidario del archiduque. La reina se conducia con la mayor prudencia, acudiendo á todo con solicitud verdaderamente maternal, y haciéndose por su cariñoso y sencillo trato y por las demás bellísimas prendas de su carácter, el ídolo de cuantos á ella se acercaban. No bastaba su celo, sin embargo, á sobreponerse á una situacion que requeria más vigor, ó cuando ménos mayor ascendiente que el que podia ejercer una señora. Volvió, pues, Felipe V á Madrid, y comenzó á dictar tales disposiciones y á reformar de

tal manera todos los ramos de la administracion, que dió bien á entender la gravedad de los sucesos que se preparaban.

A la alianza del imperio con Holanda é Inglaterra, tardó poco en unirse Portugal: esto explicaba la defeccion del almirante y la conspiracion urdida dentro de la misma capital de la monarquía. Súpose que el archiduque austriaco, decidido á apoyar con las armas sus pretensiones, se habia embarcado con rumbo á Lisboa en una escuadra inglesa, que llevaba consigo ocho mil ingleses y seis mil holandeses como auxiliares, á los cuales se agregarian los que pudieran sacarse de Portugal, y que su ánimo era promover una guerra civil en España, contando con los muchos amigos que por mera aficion, por aborrecimiento á los



Palacio del Infantado.

franceses ó por interesadas miras, tenia en ella la casa de Austria. Por una y otra parte se publicaron manifiestos en que cada cual procuraba justificar sus derechos y pretensiones: conmovióse Europa toda al anuncio de tales preparativos; y entre el estruendo de las armas se oyó por primera vez, opuesto al de Felipe V, el nombre de Carlos III, que se apellidaba legítimo rey de España, y abria puerta á las calamidades y discordias que trajo consigo la larga y sangrienta guerra llamada *de sucesion*.

Los síntomas de tales trastornos se advertian ya de tiempo atrás en la misma córte de Madrid. Trajo la reina consigo á su venida á España, para que la sirviese de camarera, á una señora de gran talento, diestra en las artes de la política, dotada de mil encantos personales, superior á las preocupaciones de las córtes y de su siglo, que sin aparentar virtud, era virtuosa, grave sin severidad, prudente, modesta, afable, extraña á toda ambicion vulgar, y digna, en una palabra, de ocupar el trono que la fortuna le habia negado, y

MADRID.

al que sin embargo habia de prestar eficazísimo apoyo con sus consejos. Por haber casado en segundas nupcias con el duque de Bracciano, Flavio de Orsini, fué llamada princesa de los Ursinos. Vivió en Roma con gran crédito, y en la córte de Versalles íntimamente unida á madama de Maintenon; Luis XIV la nombró aya y camarera de la joven esposa de su nieto, con la mira de que fuese su guia y consultora, y aún en caso necesario, con la de que neutralizase el ascendiente natural que María Luisa habia de ejercer sobre don Felipe. Durante la ausencia de éste, puede decirse que fué árbitra del gobierno; pero las quejas que el embajador francés enviaba frecuentemente á Luis XIV, dieron ocasion á que el altivo monarca exigiese su salida de España, y aunque al principio se opusieron á ello Felipe y Maria Luisa, viéronse al cabo precisados á complacerle. Retiróse, pues, á Francia la princesa, y tal arte se dió para captarse la voluntad y confianza de su enemigo, que él mismo se obstinó en que volviese á España, entrando en Madrid como en triunfo, pues

salieron los reyes á esperarla fuera de la poblacion, volvieron á sus puestos los ministros y consejeros que podian considerarse como hechuras suyas, y cobró mayor ascendiente que el que hasta entonces habia gozado no sólo en la córte española sino en la política de su siglo.

Habian precedido á estos acontecimientos otros mas graves é inesperados. A los primeros anuncios de la tempestad que amenazaba por el lado de Portugal, determinó D. Felipe obrar con toda energía y resolucion. Previno ejército suficiente, y poniéndose á su cabeza, atravesó la Extremadura, adelantándose hasta la frontera de aquel reino. La expedicion fué una série no interrumpida de triunfos, pues cayeron sucesivamente en poder de los españoles varias plazas y toda la provincia del Alentejo; agrió en parte su satisfaccion alguna pérdida que experimentó en cambio; mas esto no impidió que, al regresar á Madrid, se le recibiese con indecible entusiasmo, esmerándose aquellos buenos vasallos en ofrecerle los testimonios más acendrados de su lealtad, como si adivinaran que habia de llegar un momento en que se viera empeñada su honra á no desmentir aquella especie de compromiso, contraido con toda la espontaneidad del afecto y la conviccion.

Ni bastaron á amenguar un punto este sentimiento los sacrificios que se les imponian. Hallábase el tesoro en el mayor apuro, y á medida que la guerra exterior era más inminente y la doméstica más probable, se hacia sentir en la misma proporcion la falta de recursos y subsistencias.

Por decreto de 28 de enero de 1705, y por via de donativo, se impuso un real á cada fanega de tierra labrantía; dos á la de huerta, viña, olivar, etc.; 5 por 100 á los alquileres de las casas, y otro tanto sobre los arrendamientos de dehesas, pastos y molinos; un real por cada cabeza de ganado mayor y 8 maravedises por la de ganado menudo. Alarmábanse los ánimos con tan triste situacion; de ella se aprovechaban los revoltosos para fraguar conspiraciones, algunas contra la persona misma del monarca; pero Madrid permanecia inalterable en su fidelidad, y desde el momento en que proclamó por rey de España á Felipe V, se resignó á cuantos sacrificios exigiera la defensa de la causa que habia abrazado.

La guerra era ya inevitable. Apoderados los ingleses de la importante plaza de Gibraltar, que se hallaba en muy mal estado de defensa, fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para recobrarla; quedó desde entonces en poder de extraños. No ha legitimado hasta ahora el tiempo, ni legitimará nunca, tan criminal usurpacion; mas no por eso dejará de ser un oprobio, mientras subsista, para la nacion que se ha preciado siempre de altiva y pundonorosa. Alentados con esto los de la liga, armaron una expedicion de más de 170 naves, entre británicas y holandesas, que se dieron á la vela para las costas de Cataluña. Embarcóse en ella el archiduque austriaco; al pasar por Denia destacaron fuerzas que sublevaron toda aquella tierra y la de Valencia, inclusa la capital; pero como llevaban puesta la mira en Barcelona, á ella se dirigieron, y tras no muy obstinada resistencia, de ella

se hicieron dueños el 14 de octubre de 1705. Cundió la insurreccion á otros puntos, á Tarragona, al Ampurdan, al Vallés; Lérida abrió sus puertas á los austriacos; el llano de Urgel, la ribera del Ebro, la tierra próxima y la lejana á la capital se apartaron de la obediencia de D. Felipe. Clérigos y religiosos, nobleza y pueblo, jóvenes y ancianos tomaron las armas en defensa del archiduque, cegados por la pasion, y no inducidos por el amor ni el convencimiento. Cataluña toda era un *somaten* perpétuo, renovándose hasta en sus menores accidentes la contienda y animosidad del tiempo de Felipe IV y los enconos y sangrientos conflictos de aquella época.

Siguió Aragon el ejemplo de Cataluña; Zaragoza recibió al archiduque como al ídolo de su entusiasmo y sus libertades; tanto terreno habian ganado sus pretensiones, que, creyendo ya decisivo su triunfo, se aventuró á tomar posesion de Madrid, que equivalia á tomar posesion de su codiciado trono. En efecto, don Felipe, la reina, su servidumbre y las autoridades, tuvieron que abandonar la córte, tomando el camino de Guadalajara. Sin resistencia ni dificultad alguna, el 4 de agosto entraron las tropas del archiduque en Madrid, donde le proclamaron rey de España con el nombre de Carlos III. Refieren los historiadores que el pueblo no tomó parte en la ceremonia, permaneciendo silencioso, á excepcion de una turba de muchachos y gente pagada, que en vano dieron al aire algunos gritos. De todos modos no llegaron á sazón las esperanzas del austriaco; pues mientras se preparaba á aproximarse á Madrid, adelantándose hasta Guadalajara, recibió D. Felipe considerables refuerzos de Francia y de Andalucía, y se determinó á dar un golpe de mano, recuperando la capital de sus dominios. Favorecióle en su intento la fortuna, pues el dia 4 de octubre se apeaba en el convento de Atocha para dar gracias á Dios, que tan prósperamente habia encaminado los sucesos. Excusado es añadir el júbilo con que recibirian los madrileños primero al rey, despues al resto de su familia. Festejaronlos con iluminaciones, arcos y diversiones públicas, dando de nuevo á su afecto expansion tanto más cordial, cuanto más obligados se habian visto ántes á comprimirlo.

Pero tan arraigado estaba en otros puntos el partido del pretendiente, que apenas podia darse importancia á la buena ventura de aquel acontecimiento. Las noticias que llegaban de los países extranjeros eran todas funestas; sucesivamente habian ido perdiéndose las posesiones de Flandes, el Bravante español y los Estados de Italia, incluso el reino de Nápoles, que habia por fin logrado emanciparse de la sujecion de España. Comenzaba D. Felipe á desconfiar de la pericia ó acierto del inglés Berwick, que tenia á su cargo las operaciones de la Mancha, y en su lugar nombró al duque de Orleans, recién venido de Italia. Este desaire picó al primero, de manera que ántes de que llegase su sucesor, se arriesgó á medir sus fuerzas con los enemigos. Acercáronse estos á la villa de Almansa, ocupada por el inglés, la mañana del 25 de abril de 1706; salióles Berwick al encuentro; se trabó la batalla, y quedaron los austriacos completamente vencidos y derrotados, dejando cinco mil muertos, doce

mil prisioneros, entre ellos varios generales y jefes superiores, y por despojos cien banderas y estandartes y toda su artillería. Esta jornada aseguró la corona en las sienes de D. Felipe. A Berwick se le recompensó con el título de duque de Liria, la grandeza de España y el collar de la insigne orden del Toison de Oro.

Consecuencias de la batalla de Almansa fueron la conquista de Valencia y Zaragoza por parte de los borbónicos. Para colmo de felicidad, la reina María Luisa dió á luz el 25 de agosto del mismo año 1707 un príncipe, que á su tiempo fué bautizado con los nombres de Luis Fernando, y jurado despnes como sucesor del trono, con gran contento de los parciales de D. Felipe, y la solemnidad en tales casos acostumbrada. Por Cataluña, bien que se ganasen Lérida, Cervera, Tárraga y otros puntos, no adelantaron las armas del rey tanto como se prometian. Ménos fructuosas fueron aún el siguiente año las operaciones; pero la causa de este retraso eran las intrigas que la influencia del rey de Francia y su embajador alimentaban en la córte de D. Felipe; por lo cual se vió este precisado á protestar contra semejante coaccion, emancipándose resueltamente de la tutela que se le imponía. Así restableció su crédito, mas no pudo asegurar los favores de la fortuna, dado que la campaña de 1710 le fué tan poco propicia, que, entre otras contrariedades, experimentó á la vista de Zaragoza una derrota que le dejó casi aniquilado.

Y como la suerte de la capital dependía de las eventualidades de la guerra, segunda vez se hallaron los aliados en disposicion de dominarla, y de nuevo se vió D. Felipe en la precision de retirarse á punto que le ofreciese mayor seguridad. Eligióse Valladolid, á donde con imponderable desconsuelo se dirigió la reina, seguida de las demás personas de la córte. Recordando el archiduque D. Carlos el poco afecto que en la invasion anterior le habian mostrado los madrileños, resolvió posesionarse él mismo de la coronada villa, lisonjeándose con la esperanza de inspirar personalmente respeto y aún simpatía. En el pueblo de Canillejas, donde entró el 26 de setiembre, recibió al arzobispo de Valencia, al auxiliar de Toledo y á varios grandes, que fueron á besarle la mano, pues previendo este caso, habia relevado D. Felipe á todo el mundo de su obediencia. Dos dias despues pasó el archiduque á Madrid. Por curiosidad meramente acudieron las gentes á las calles que debia recorrer hasta palacio; pero no hicieron demostracion alguna de júbilo, ántes cerraron muchos las puertas y los balcones, se negaron á iluminar las casas, y aún hubo quien á favor de las tinieblas de la noche osó prorrumpir por las calles más públicas en vivas á Felipe V.

Viéndose D. Carlos de tal modo desairado, cobró profunda aversion, como no podia menos de suceder, á aquella misma córte en que tantas ilusiones habia cifrado, é inducido por los españoles que le seguian, cuyos ódios, natural era también que fuesen mas vivos y apasionados, comenzó á desplegar un rigor que lo hizo doblemente impopular y aborrecido. Desde su cuartel general, que tan pronto estaba en Canillejas

como en Villaverde, en el Pardo ó en Ciempozuelos, dictaba á menudo bandos, una vez para que se formase un regimiento de caballería con el título de Madrid, echando mano, sin compensacion alguna, de los caballos de los particulares; otras para que saliesen inmeditamente de la córte, trasladándose á Toledo, las madres, esposas, hijas ó hermanas de los grandes que habian seguido á D. Felipe á Valladolid; para que en el término de veinticuatro horas saliesen de Madrid, bajo pena de la vida, todos los franceses residentes en esta capital, y para que en igual plazo y bajo lamisma pena, entregasen todos las armas de fuego que tuviesen en su poder. Amenazábase también con la muerte á los que siguiesen correspondencia con los borbónicos; á los que procedentes de Valladolid entrasen en la córte y á los que victoreasen á Felipe V; á los que hablasen mal del gobierno de Carlos III, y en fin, á los que en cualquier concepto se hiciesen sospechosos. A los superiores de los conventos se les impuso la obligacion de dar cuenta de los bienes que poseian; y de sus resultas, habiendo sacado de las iglesias hasta los objetos sagrados del culto, se dió el escándalo de vender por las calles de Madrid los cálices, copones y ornamentos que el dia ántes se veneraban en los altares. Estas eran las benéficas providencias del gobierno del archiduque; por tales medios se proponía sin duda inspirar terror á los madrileños, y únicamente lograba aumentar su indignacion y su antipatía.

No desmayaba entre tanto el ánimo de D. Felipe: solicitó nuevos socorros de Francia; juntó á sus generales, y acordó con ellos distribuir sus fuerzas de manera, que aislasen las de los enemigos en los diferentes puntos que ocupaban, y les impidieran prestarse ayuda. Secundado además por las correrías que verificaban en la provincia de Madrid los guerrilleros Vallejo y Bracamonte, llegó en efecto á incomunicar al austriaco con el resto de la Península, cuya situacion por una parte, y por otra las continuas bajas que experimentaba en su ejército, sin probabilidad alguna de reponerlas, le hicieron pensar en alejarse de Madrid, replegándose hácia punto más seguro, como lo era el principado de Cataluña. En efecto, el 9 de noviembre, á los cincuenta y un dias de su ocupacion, la abandonó definitivamente; definitivamente, decimos, porque los sucesos posteriores le cerraron para siempre el camino de la capital. Tardó poco D. Felipe en acudir á ella. Rayó en delirio el júbilo de los madrileños, que no esperaban seguramente tan agradable peripecia. En los tres dias que permaneció el rey en Madrid, no cesaron las iluminaciones y festejos públicos; pero el 6 de diciembre, acompañado del duque de Vendome, salió para Guadalajara, con ánimo de unirse al ejército que iba en persecucion de los aliados. Sentíase llamado por la fortuna, y no era extraño que procediese con tanta solicitud.

Habia ocupado el general inglés Stanhope con ocho batallones é igual número de escuadrones el pueblo de Brihuega: debia incorporarse allí con el ejército del alemán Staremberg, y unidos proseguir la marcha á Zaragoza y á Cataluña. Era menester evitar á todo trance aquella incorporacion: sitió D. Felipe al inglés,

y le estrechó de manera que le obligó á rendirse. Volvió sus armas contra el alemán, y en la sangrienta y porfiada batalla que le dió en los campos de Villaviciosa, obtuvo uno de los más gloriosos triunfos que se vieron en aquellas guerras. Más de doce mil prisioneros, cincuenta banderas, catorce estandartes, veintidos piezas de artillería, sus armas, bagajes y municiones, y gran parte de las alhajas arrebatadas en los templos de Madrid y en los de Toledo, fueron los trofeos de aquella insigne victoria. El cetro recuperado en Almansa debía extenderse desde Villaviciosa al resto de la Península.

Una tras otra perdieron los aliados la mayor parte de las poblaciones que les eran afectas en Cataluña; quedó reducida su dominación á la plaza de Cardona y á las tierras de Barcelona y Tarragona. Por grande que fuese su confianza, no podían ménos de presentir, como hecho ya inevitable, el triunfo de los borbónicos. La buena suerte del archiduque le deparó otra corona en cambio de la que tan inevitablemente se le escapaba, pues la muerte del emperador de Alemania hizo recaer en él la sucesión de aquel trono, y le precisó á abandonar el territorio y la pretensión á España. Dispuso que permaneciesen, sin embargo, sus tropas en Cataluña; pero la cuestión variaba de aspecto, y obstinarse en ser á un tiempo emperador y rey, era empeño superior á la generosidad de los que hasta entonces le habían dispensado su amistad y su apoyo. Diez años habia durado la guerra de sucesión, que podía darse al presente por terminada. El archiduque D. Carlos se embarcó en Barcelona, con rumbo á Italia, el 27 de setiembre de 1711; visto lo cual, determinó D. Felipe fijar en Zaragoza su residencia, teniendo en su compañía á la reina y al príncipe, y mandando que se trasladasen los consejos á Madrid, desde la ciudad de Vitoria donde existían.

La primera consecuencia del desistimiento del archiduque fué, como era de suponer, la negociacion que recíprocamente entablaron Luis XIV y la reina Ana de Inglaterra, para venir á un acomodamiento. Acordes en los puntos principales, reunieron en Utrecht á los plenipotenciarios de los demás países. Suscitáronse multitud de dificultades, nacidas de las exigencias de cada cual, pues hasta la princesa de los Ursinos se creyó autorizada para pedir la adjudicacion de un territorio en los Estados de Flándes. Creíase aún que el derecho público era el del más fuerte; pero neutralizándose entre sí las pretensiones ménos fundadas, quedó por último firmado el tratado de paz entre los representantes de Francia y los del imperio, el 7 de setiembre de 1716.

Una de las principales condiciones que en él se estipularon fué la renunciacion de las coronas de España y Francia, que respectivamente debían hacer los soberanos de ambas naciones, obligándose por sí y sus descendientes á no admitir sino la que poseían. Había D. Felipe anticipado esta declaracion en las Cortes que reunió al efecto el año 1712. Dió cuenta asimismo en ellas de haber llenado el rey de Francia esta formalidad; y aprovechando la ocasion de hallarse juntos los representantes de la nacion, propuso una novedad de suma importancia, que de tiempo atrás tenía dis-

puesta, cual era la de derogar la ley española de sucesion de la monarquía, dando siempre la preferencia á los varones, cualquiera que fuese su grado, respecto á la de las hembras, aunque procediesen de línea más inmediata y por lo mismo más preferente. El hermano, en virtud de este sistema, quedaba reconocido con mejor derecho que la hija; la tradicion, la ley, la costumbre, el sentimiento y el voto de la nacion nada eran para Felipe V, que sin duda al contemplarse vencedor, entró en deseos de imponer á todo el mundo su voluntad. Si no era esta una reminiscencia grata para quien al fin habia nacido allende los Pirineos, no sabemos qué significaría; porque una ley francesa, introducida allá por los francos y designada en la historia con la denominacion de *sálica*, en buena política no podia aplicarse á España, ni ser bien recibida de los españoles. Tanteó D. Felipe los votos del Consejo de Castilla, y viendo que le eran desfavorables, los exigió de modo que se acomodasen á su deseo. Quiso obtener también el beneplácito de las Cortes: es dudoso que lo consiguiera; mas no que dejase en España un gérmen de discordia y perturbacion, que dió algun día los más acerbos frutos, amenguando al propio tiempo la fama de su memoria.

Por lo que aconteció en Cataluña despues de la retirada del archiduque, se vino en conocimiento de que la guerra del Principado no significaba tanto la defensa de la causa del pretendiente cuanto la de las exenciones y fueros de aquella provincia, para España tan importante. Suprimidas por Felipe V, no sabemos si con más ira y audacia que prevision, las franquicias en que vinculaban su existencia política los aragoneses, igual suerte amenazaba á Cataluña, y no eran tan pacientes sus naturales que estuvieran dispuestos á llevar aquel golpe con resignacion. Procuró el duque de Pópoli, virey del Principado á la sazón, atraer los ánimos á su obediencia, ofreciéndoles un indulto general y el olvido de todo lo pasado, si prestaban pleito-homenaje al rey, y no eran contumaces en su rebeldía. Todo fué inútil: prosiguieron en Barcelona los armamentos y preparativos para una larga resistencia; ocuparon los migueletes los caminos y desfiladeros; alistáronse gran número de voluntarios á las órdenes del famoso guerrillero D. Rafael Nebot; de las islas Baleares y de Italia se llevaron cuantiosas provisiones; nombráronse nuevas autoridades, despreciando las del virey; fortificáronse los principales puntos de la ciudad; y cuando ya estuvo todo dispuesto, al son de timbales y clarines se proclamó la guerra al resto de España y á D. Felipe.

Comenzó esta, por una y otra parte, tan tenaz y exterminadora como en otros tiempos. No se formalizó hasta la primavera de 1714; la empresa de rendir á Barcelona, que era, cual debe suponerse, el principal baluarte de los catalanes, la confió sin embargo el rey al duque de Berwick, que con veinte mil hombres y un gran tren de batir, se presentó delante de la ciudad el día 7 de julio. Pasaron semanas y meses; los sitiadores lo llevaban todo á sangre y fuego; los sitiados, que sólo tenían á la vista la imagen de la muerte y el exterminio, cobraban más fuerza y desesperacion á medida que era mayor el riesgo. Sucediáanse diariamente las

embestidas de una y otra parte, infructuosas todas, ó por mejor decir, cada vez más sangrientas y crueles. Señalóse el 11 de setiembre para el asalto general; pero despues de doce horas de incesante mortandad, tuvieron que retroceder los sitiadores hasta la brecha por donde habian entrado. Con la amenaza que dirigió Berwick á la ciudad de prenderla fuego al siguiente dia, y no contando los habitantes con más medio de resistencia, capitularon por fin, rindiéndose sin condicion alguna. Cayó, pues, Barcelona en poder de las tropas reales. Sin el auxilio de sus confederados ¿cómo habia de triunfar de las fuerzas de Francia y España reunidas? Y para ceder al cabo, ¿á qué sacrificar inútilmente vidas, tesoros, quietud y prosperidad? Cataluña perdió sus fueros, y quedó reducida al gobierno y leyes de Castilla. D. Carlos, á quien aclamó por rey, ceñido que hubo á sus sienes la corona del imperio, no tuvo para sus antiguos vasallos más que un estéril afecto de compasion y de simpatía.

Vémonos con frecuencia precisados á apartarnos del rádio de la capital de la monarquía, á la cual debiéramos reducir nuestras investigaciones; pero cuando ésta queda desierta, y no da, digámoslo así, señal alguna de vida, ¿á dónde hemos de acudir, sino al teatro de los acontecimientos que llenan el reinado y gran parte de la época que recorreremos? La victoria de Villaviciosa y la desaparicion de los austriacos permitieron á D. Felipe trasladarse con su familia á Zaragoza. Una enfermedad de que adoleció la reina la obligó por consejo de los médicos á trasladarse á Corella, villa de Navarra, donde por entónces quedó restablecida. La vuelta de la córte á Madrid se verificó el 15 de noviembre de 1711. De suponer es que no escasearian en su obsequio las mayores demostraciones de fidelidad y de entusiasmo; no nos seria difícil describirlas con toda puntualidad, si no temiésemos repetir enfadosas particularidades; las ceremonias eran las mismas que tantas veces hemos visto en ocasiones semejantes; el fausto tampoco desmereceria seguramente del que era ya tradicional en la córte llamada de las Españas.

Habia dado á luz la reina un infante, que recibió el nombre de Felipe, el 2 de julio de 1700, pero sólo vivió seis dias. Tres años despues, en 6 de junio de 1712, nació otro varon, tambien llamado como su padre, que murió á la edad de 7 años; pero al siguiente, el 23 de setiembre de 1713, vino al mundo el infante don Fernando, que, como despues veremos, fué sucesor de la monarquía. De resultas de este último alumbramiento, ó de que su salud hubiese quedado poco segura desde la enfermedad pasada, comenzó á sentirse tan débil, que necesitado respirar aire puro de jardines, y estándose efectuando á la sazón grandes obras en los del Retiro, pasó con el rey, el príncipe y los infantes á vivir algunos dias en la casa del duque de Medinaceli, que era una de las más desahogadas y cómodas de la córte. Léjos de hallar alivio, fué empeorando, de suerte, que llegó á desconfiarse de su vida. Cobróse alguna esperanza con la llegada del famoso médico holandés Helvecius, á quien se confió su asistencia, pues habia sido llamado con este objeto; pero todo fué inútil, y una pulmonía, que últimamente la sobrevino, aceleró su muerte, que

acaeció en la mañana del 14 de febrero de 1714.

Veinticinco años contaba á la sazón. Hiciéronse las exequias fúnebres de costumbre, y fué trasladado su cadáver al panteon del real monasterio de San Lorenzo. Con su muerte quedó la princesa de los Ursinos por única consejera de D. Felipe, y aún ejerciendo sobre su ánimo mayor ascendiente que ántes: sin duda el recuerdo de su malograda esposa y la amistad en que habia vivido con la princesa, le hacian doblemente agradable su compañía, de la cual no podia apartarse, pues viviendo el rey, como queda dicho, en la casa de Medinaceli, mandó mudarse á la princesa al inmediato convento de Capuchinos, trasladándose entre tanto los frailes á otro, y haciendo que se abriese puerta de comunicacion entre el palacio y la habitacion que la de los Ursinos ocupaba. Menester era que los cortesanos estuviesen muy convencidos de la sana intencion del rey, para que no murmuraran de la confianza y valimiento que otorgaba á aquella señora; por lo demás sus advertencias y consuelos eran una verdadera necesidad para D. Felipe.

De aquel exceso de predileccion nació en la princesa una seguridad tan ciega de su fortuna, que ella misma labró las redes en que vino á caer á poco tiempo. Variáronse los principales cargos de palacio, y entre ellos, el del cardenal de Giudice, que además de estar al frente del gobierno, desempeñaba el de inquisidor general, y lo tenia todo á su devocion. Una órden para que saliese de Madrid en una silla de postas que de repente se le dispuso, acabó con el predominio de que gozaba y con cuantos se reputaban hechuras suyas. Bullia en las antesalas de la córte un abate llamado Alberoni, encargado en Madrid de los negocios del duque de Parma. Habia alcanzado alguna intimidad con la princesa de los Ursinos, y la viudez del rey le sugirió el proyecto de darle esposa de su eleccion. Comunicó á la princesa, y tanto le encareció las prendas que concurrían en doña Isabel Farnesio, hija del difunto duque de Parma, que reflexionando la de los Ursinos en las ventajas que el rey y ella misma conseguirian, D. Felipe, adquiriendo derechos muy probables á la sucesion de aquellos Estados, y ella sentando en el trono á una princesa que nunca olvidaria servicio tan señalado, se resolvió á comunicar al rey la propuesta de Alberoni. Oyóla D. Felipe con ménos desagrado del que parecia natural en quien habia estado haciendo tantos extremos de sentimiento, y como era de presumir, acabó por acoger hasta con impaciencia la idea de aquel enlace.

Terminados los preparativos de costumbre, y elegidos el duque de Medinaceli para ofrecer á la princesa la joya que se consideraba como prenda de la eleccion, y el cardenal Aquaviva para pedir su mano, se verificaron los desposorios con gran lucimiento y ostentacion en Parma el 16 de setiembre. Embarcada la nueva reina en la escuadra de navíos del general don Andrés de Paz, arribó á Marsella el 27 de octubre, prosiguiendo su viaje por tierra con alguna lentitud para disfrutar de los festejos que en todas partes se le preparaban; así fué que hasta mediados de diciembre no llegó á Pamplona, donde se detuvo cuatro dias, tomando despues la direccion de Guadalajara.

En esta ciudad debían ratificarse los desposorios, para lo cual se encaminó á ella el rey en compañía del príncipe; pero la princesa de los Ursinos quiso mostrarse más respetuosa, y determinó adelantarse hasta Jadrake. Animábala asimismo el deseo de averiguar qué había de cierto en lo que de la nueva reina se refería.

Después de haber tomado parte tan directa en el negocio del casamiento, supo que doña Isabel, á un carácter en extremo altivo y dominante, unía una desconfianza, que probablemente recaería desde luego en ella, como que tan allegada había de mantenerse á su persona. Trató entonces de desbaratar aquel proyecto, pero era ya tarde; y los pasos no muy disimulados que dió, ofrecieron armas á sus enemigos para indisponerla con doña Isabel. Llegó, pues, la de los Ursinos á Jadrake; recibíola la reina con fingida afabilidad, y creyendo la de los Ursinos sincera aquella demostración, y que desde luego debía aspirar á ganarse su confianza, se permitió hacerla algunas observaciones sobre el tocado, en su concepto no de muy buen gusto, que llevaba S. M. Méenos necesitaba esta, como ocasión, para desahogar su cólera. Llamó al capitán de su guardia, y le mandó que sacase á aquella mujer de allí, y la llevara á donde no volviera á insultarla más con sus insensatas advertencias. Metida acto continuo en un coche, sin permitirle ni aún mudar de traje, sin consideración al extraordinario frío que estaba haciendo, ni á la nieve, que casi interceptaba los caminos, la obligaron á tomar el de Francia, sola con una criada y dos oficiales, privada de todo auxilio, y con todas las apariencias de un reo de Estado, ó de una mísera aventurera. En Francia y en otros países permaneció el resto de su vida, muriendo de edad muy avanzada. No debió á D. Felipe más recuerdo de gratitud que la promesa de que se le pagaría su pensión con toda puntualidad. A tal punto llevaba aquel rey el egoísmo ó la debilidad de carácter; su nueva esposa llegó á dominarle en términos de hacerle olvidar fácilmente las pérdidas que había experimentado.

La princesa de los Ursinos arrastró en su caída á cuantos figuraban en los primeros puestos de la nación. Esta no se movía ya sino á compás de la voluntad de la reina, señora de no escasa penetración, sagaz, dominante y resuelta, que eligió desde luego á Alberoni por instrumento, si no lo era á su vez de la ambición del astuto abate. Nuestros lectores desearán conocer á un hombre que adquirió después tanta celebridad: fácil nos será reproducir la pintura que se hace de él en todas las memorias relativas á aquella época. Hijo de un jardinero de Parma, pasó los primeros años ayudando á su padre en las faenas de su trabajo; monacillo después en una de las parroquias de Plasencia, y por último, hecho clérigo por el arzobispo de esta ciudad, que al ver sus felices disposiciones, le dió estudios, amparo y protección, contrajo amistad en Roma con el duque de Vendome, el cual le recomendó á Luis XIV; y enviado á Madrid como representante del duque de Parma, por medio del enlace de doña Isabel logró ingerirse en el gobierno de España y en el consejo de D. Felipe. Su talento, su mucho ingenio, su natural astucia, sus vastos

conocimientos y su ambición ilimitada le hacían árbitro de su propia suerte; la de la nación, fiada á sus manos, como ya comenzaba á estarlo, veíase expuesta á graves riesgos y contratiempos; y un negocio en que por entonces intervino y en que se dejó seducir por el oro de Inglaterra, según todas las probabilidades, no dejaba duda alguna de que su influencia sería para España no menos funesta que la de algunos de sus antecesores.

Dos acontecimientos vinieron de allí á poco á secundar sus miras: la muerte de Luis XIV, que le sirvió de pretexto para lisonjear más y más á D. Felipe, incitándole á que pretendiese la regencia de aquel reino, y el nacimiento de un nuevo infante, que recibió el nombre de D. Carlos, y en favor del cual sugirió á la reina el pensamiento, conforme con sus deseos, de la soberanía de Toscana y Parma, que por la falta de sucesión del duque Antonio podía recaer muy bien en el hijo de doña Isabel Farnesio. Para mejor asegurar su influencia en la política interior, hizo de modo que renunciara á sus cargos el cardenal Giudice, á quien contemplaba como un estorbo; adulando al Pontífice y enviando una escuadra que obligara al turco á levantar el sitio de Corfú, consiguió por fin el capelo á que de tiempo atrás aspiraba; y entreteniéndole á Inglaterra y Francia por una parte, y al emperador por otra, se halló en disposición de juntar cuantos preparativos había menester para llevar á cabo la empresa que meditaba.

Era esta nada menos que la conquista de Cerdeña, primer paso que aventuró D. Felipe para el anhelado restablecimiento de su poder en Italia. Como el golpe se daba por sorpresa, nada tuvo de extraño que se lograra. Apoderáronse fácilmente los españoles de aquella isla; y otra expedición, compuesta de veintidos navíos de línea y treinta mil hombres de desembarco, debía someter del mismo modo la Sicilia. Llevaban también de vencida la mayor parte de esta segunda intentona, cuando se presentó en aquellas costas una fuerte escuadra inglesa, que cogiendo desprevenidos á los navíos españoles, los obligó á rendirse. Nació de aquí la confederación que entre sí hicieron Austria, Francia é Inglaterra, y la guerra que esta última declaró á España el 27 de diciembre de 1718. Pensó Alberoni neutralizar aquella liga, uniéndose con el czar Pedro I y el rey de Suecia, y poniendo bajo la protección de España al destronado Jacobo III de Inglaterra, que vino á Madrid y permaneció muy obsequiado algunos días en esta corte; y como su proyecto de desunir á las grandes potencias había surtido precisamente el efecto contrario, trató de introducir la discordia en Francia, conspirando contra la regencia del duque de Orleans para ponerla en manos de D. Felipe. No dejaba de tener allá prosélitos esta idea; mas por el pronto se dió lugar á otra declaración de guerra, que se publicó en París el 9 de enero de 1719.

Mientras se mandaba á Escocia en favor del rey Jacobo una expedición naval, que se perdió fracasando y quedando destrozados por efecto de una tormenta los buques que la componían, dejadas las comodidades y diversiones con que en Madrid y sus cercanías procuraban distraerle la reina y el cardenal Alberoni, salió

don Felipe á ponerse al frente del ejército que habia de operar contra los franceses. Acaudillaba á estos el duque de Berwick, el vencedor de Almansa, enemigo ahora de aquel á quien habia defendido ántes. Mostrósele á D. Felipe poco propicia la fortuna en esta postrer campaña: perdió á Fuenterrabía, Santoña y San Sebastian; quedaron dueños los franceses de todo el territorio de las Provincias Vascongadas, y él tuvo que regresar á Madrid con el disgusto del desairado papel que habia representado.

Entónces se conoció cuán perjudicial era á los intereses de España la desatentada política de Alberoni, contra la cual se levantaron de todos lados violentas reclamaciones. Tuvo, aunque á pesar suyo, que ceder á ellas la reina doña Isabel; en cuanto á D. Felipe, no pudiendo mostrarse insensible á los males que amenazaban, tardó poco en deshacerse del que así frustraba toda conciliacion y el ejercicio de su ilimitada soberanía. Con este propósito se encaminó al Pardo, acompañado de la reina, despues de escribir un decreto, que encargó se hiciese saber al cardenal, en que le mandaba salir de Madrid en el término de ocho dias, y del reino en el de tres semanas, sin volver á emplearse en cosa alguna del gobierno. La voluntad de un soberano absoluto le habia elevado; la misma voluntad le declaraba ahora indigno de su favor y su confianza. No tenia pues Alberoni de que quejarse, por más que el golpe fuese duro é inesperado.

Tratóse al punto de venir á un acomodamiento, y el 20 de enero de 1720, se unió Felipe V al tratado, que por comprender tambien á la Holanda entre las potencias signatarias, se denominó de la cuádruple alianza. Comprometióse á renunciar el reino de Cerdeña, á ratificar esta misma renuncia respecto al reino de Francia, y á ceder de sus pretensiones á los Países-Bajos y al reino de Sicilia; estipulando en cambio que á falta de sucesor varon en los ducados de Parma y Toscana, entrasen á suceder en ellos los hijos de su segundo matrimonio con la reina doña Isabel. El emperador por su parte desistia asimismo de toda pretension á la monarquía de España y de sus Indias, obligándose á reconocer á D. Felipe de Borbon y á sus sucesores por reyes legítimos de España. A pesar de pactos tan explícitos y solemnes, opuso el emperador de Austria mil dificultades á la sucesion de los ducados; sobre este punto principalmente recayeron las conferencias del Congreso que se reunió en Cambray, otorgándose una especie de concordia, en virtud de la cual quedaban los hijos de D. Felipe y doña Isabel declarados sucesores en dichos Estados, pero dependientes de los emperadores de Austria en cuanto á la investidura de aquella soberanía.

Quedaba así D. Felipe en pacífica posesion de la suya, terminadas al parecer por mucho tiempo, las continuas guerras que se vió precisado á sostener desde su ascension al trono, porque no merecia nombre de tal la expedicion que el año 1720 mandó á las costas de Berbería, para vengar los ultrages y repetidas agresiones de los moros contra la plaza de Ceuta; expedicion que tuvo el resultado que se proponia. Con

el fin de consolidar la paz, el duque de Orleans, que aunque fenecido el tiempo de su regencia conservaba la misma mano que ántes en el gobierno, le propuso los casamientos recíprocos de dos de sus hijas con el príncipe de Asturias y el infante D. Carlos, y el de la infanta doña María Ana Victoria con el rey Luís XV de Francia, que acababa de empuñar el cetro. Escasamente contaba la infanta cuatro años de edad (1); el monarca francés, salido apenas de su minoridad, era además enfermizo y débil; de suerte que semejante enlace, por lo que tenia de hipotético, no podia considerarse sino como una exigencia de la llamada razon de Estado.

Por el pronto se aplazó hasta el año siguiente el matrimonio del infante D. Carlos; los de doña María Ana y la destinada á princesa de Asturias desde luego trataron de que se efectuasen. Celebráronse de antemano con gran júbilo y festejos públicos, que se prolongaron algunos dias, disponiéndose las cosas de manera que saliendo á un tiempo ambas princesas de sus respectivas cortes, se encontrasen en la frontera de los dos reinos, donde debia verificarse el cange de una por otra. El 27 de diciembre de 1721 salieron de Madrid los reyes con la infanta, el príncipe y una ostentosa comitiva, llegando hasta Lerma, y allí se despidieron de doña María Ana y esperaron la llegada de la princesa. Verificóse esta el 20 de enero; fué muy afectuosamente recibida, celebrándose aquella misma tarde los desposorios, y al dia siguiente las velaciones. Seis dias despues hicieron su entrada en Madrid los reyes y los príncipes; pero la agitacion del camino produjo en la recién desposada una fiebre, de que sin embargo se restableció pronto. El 15 de febrero y los dias siguientes, que fueron de Carnestolendas, festejaron la boda los madrileños con fuegos, iluminaciones, mojigangas y parejas en la Plaza Mayor, que se pintó toda ella para este efecto. Por ser Cuaresma, se omitieron las representaciones teatrales; pero llegada la Pascua, se tuvo, entre otras, una ópera en Palacio, *comedia de música*, como entónces se llamaba, saliendo al dia siguiente la real familia para Aranjuez, y regresando á Madrid el 2 de junio.

En medio de todos estos espectáculos y diversiones preocupaba á los cortesanos el cuidado en que estaban por la salud del rey, á quien de tiempo atrás aquejaba una tenaz hipocondría. Atribuíanla unos á los desvelos inherentes á la grave carga que sustentaba, otros á las intrigas que se movian á su alrededor, y no pocos á la indecision en que se hallaba, viendo que se le ofrecia la corona de Francia, y que sin aventurar demasiado, dejando lo cierto por lo dudoso, no podia desprenderse de la de España. Estas presunciones vino á destruir en cierto modo el decreto de 10 de enero de 1724, en que Felipe V renunciaba formalmente todos sus reinos y señoríos en su hijo primogénito, don Luis, príncipe de Asturias, manifestando al propio tiempo la resolucion que habia adoptado de retirarse del mundo, y vivir, acompañado de su esposa, en el real sitio de San Ildefonso.

(1) Nació el 31 de marzo de 1718. El 21 del mismo mes del año anterior dió á luz doña Isabel al infante D. Francisco.

Entonces se comprendió el objeto con que se habían emprendido en el sitio, llamado vulgarmente *la Granja*, obras tan costosas, para convertir aquellos eriales en deliciosos jardines, recogiendo en anchas fuentes y caudalosos y vistosísimos surtidores los abundantes manantiales de aquellas sierras. Súpose asimismo que á las repetidas instancias que se hacían á D. Felipe para que aceptase la corona de Luis XIV, opuso por último una negativa formal, que salvó á España, no ménos que al reino con que se le brindaba, de graves trastornos y complicaciones. Pero ¿qué causa motivaba en último resultado su renuncia? Una parecida á la que sugirió á Carlos V su abdicación: el hastío que le ocasionaba el gobierno, rodeado de tantos compromisos y sinsabores, y quizá el propósito de vivir al parecer separado de los negocios para poder influir en ellos tanto más libremente cuanto menor era ya su responsabilidad. No tuvo pues el hijo dificultad alguna en aceptar la renuncia de su padre, pues en nada se contó con la representación nacional para aquel acto. Dióse conocimiento de él á las ciudades de voto en Cortes, y todas contestaron mostrándose muy satisfechas de la honra y merced que se les dispensaba. A tal punto había llegado el olvido de sus derechos: el trono se traspasaba de unos á otros como una herencia particular.

El abatimiento en que estaba el rey era sin duda la causa de las frecuentes distracciones que se le procuraban, de modo que parecía haber retrocedido la corte á los tiempos de Felipe IV. Divertíase sobre todo en el ejercicio de la caza, persiguiendo liebres y conejos en Aranjuez, gamos y ciervos en el Pardo, lobos y jabalíes en Balsain, y dirigiéndose á veces con el propio objeto á algunas posesiones particulares. El 23 de noviembre de 1722 se dió una gran batida en el sitio llamado el Campillo, término del Escorial, en que hubo tanto número de ciervos, venados y jabalíes, que llegaron al puesto más de dos mil, y se escaparon casi otros tantos, rompiendo el cordón que se ponía para estrecharlos. A esta fiesta concurrieron también la reina doña Isabel, que era muy aficionada á ellas y diestra en el ejercicio de las armas; los príncipes D. Luís y su esposa, los infantes D. Carlos y D. Fernando, y las personas de la servidumbre con multitud de criados, monteros y ojeadores. Eran continuas también las comedias y bailes que se celebraban en palacio, especialmente en tiempo de Carnaval, y las zarzuelas y comedias italianas en el teatro del Buen Retiro, como la *Semele abrasada*, que se hizo en dicho palacio el 24 de noviembre de 1721, y la *Hazaña mayor de Alcides*, que se representó el 29 de marzo de 1723. El príncipe debía gustar mucho de los combates de fieras y leones con perros, ó de estos animales unos con otros, pues gozaba á menudo de tales espectáculos en el sitio del Buen Retiro, acompañado de sus criados y servidumbre. Méno atroz y repugnante era al fin este entretenimiento que el de las corridas de toros, diversión que decayó mucho en este reinado, sobre todo como festejo oficial de la corte. También el rey se ejercitaba con frecuencia en el juego del *mallo*, de que se conserva todavía una muestra cerca del palacio de San Ildefonso, bien que no bastasen á desterrar

ninguno de aquellos pasatiempos su negra melancolía.

Las vicisitudes de la guerra y los trastornos interiores paralizaron por algun tiempo el movimiento que estaba acostumbrado á presenciar Madrid en las obras tanto públicas como particulares con que se iba agrandando y embelleciendo la población. Algunas, sin embargo, se promovieron y llevaron á cabo en este período, de que haremos mención más adelante, compendiando en una reseña general las correspondientes al largo reinado de Felipe V. En punto á sucesos particulares, fuera de las solemnidades públicas, ninguno hallamos en los cronistas de aquel tiempo que pueda excitar el interés de nuestros lectores. Las costumbres habían ya variado de manera, que en nada se parecían á las del tiempo de Felipe IV, ofreciéndose rara vez el espectáculo de las aventuras y pendencias nocturnas que tan frecuentes eran en el siglo xvii.

Como una excepción á los acontecimientos ordinarios de la vida, que á los ojos de los indicados historiadores no tenían, por lo visto, importancia alguna, se consignan meramente algunos hechos, que para que se juzgue de su índole, ó de la impresión por lo ménos que produjeron, nos vemos obligados á reproducir. Uno fué el incendio ocurrido el 11 de setiembre de 1723, en la casa del duque de Osuna, que estaba al lado del convento de las Maravillas. Ardió toda repentinamente á las seis de la mañana, y con tal violencia, que apenas dió tiempo á los duques y á su numerosa familia de hombres y mujeres para medio vestirse y ponerse en salvo, teniendo que arrojar algunos por los balcones. El edificio quedó completamente destruido, y sepultados entre sus ruinas algunos carpinteros y albañiles que acudieron á atajar el fuego, saliendo otros tan maltratados que murieron de las resultas. A los pocos días llenó de terror á la corte otra calamidad. Vivía el duque de la Mirándula en la casa del jardín del conde de Oñate, próxima, según parece, á la puerta de Recoletos, donde el terreno era entonces muy desigual, lleno de alturas y de barrancos. Era el 15 de setiembre, cumpleaños de dicho señor; por la noche estalló una horrorosa tempestad de truenos y agua, que duró más de dos horas. Cayeron varias exhalaciones, sin causar daño notable; pero la lluvia fué tan impetuosa y abundante, que sobre todo en el barrio de Santa Bárbara se hundieron algunas casas, pereciendo cuatro personas. Habían ido á felicitar al duque varias personas distinguidas, que ignorando el riesgo que corrían, estaban en el cuarto bajo, cerradas todas las puertas y ventanas. Un torrente que se formó en la parte alta de la huerta y cercanías del convento de Recoletos, rompió las tapias, y llegó hasta la pared de la casa del jardín. Creció extraordinariamente la avenida, derribó un trozo de la pared, é invadiendo de pronto la planta baja, subió el agua tres varas dentro de las habitaciones. El terror que se apoderó de los que allí se hallaban fué de tal naturaleza, que mientras unos en medio de su azoramiento lograron salir á la calle, otros se mantuvieron asidos de las ventanas y rejas, nadando sobre el agua, ó se subieron sobre los coches que había en el patio, y no pocos se libraron

merced á los religiosos del convento, que acudieron en su auxilio; pero la duquesa y una criada, que se retiraron al oratorio, perecieron allí ahogadas; igual fin tuvo en el patio de la casa el general D. Tiberio Carrafa, nombrado gobernador de la provincia de Guipuzcoa; y al marques de Castel Rodrigo, caballerizo mayor de la princesa de Astúrias, le arrebató la corriente y su cadáver fué á dar en el rio, siendo hallado al siguiente dia á tres leguas de Madrid.

Animado Felipe V de verdadero espíritu religioso, en nada alteró las costumbres y prácticas devotas establecidas por sus antecesores. No se distinguió su reinado por el fanatismo de la época de Carlos II, pero siguió funcionando como ántes el terrible ministerio del Santo Oficio. El domingo 7 de Abril de 1720 se celebró auto de fé en el convento de Santo Domingo, en que se penitenció á 6 hombres y 8 mujeres, sacándose entre ellos 3 estatuas de los que habian muerto en las cárceles. Fueron condenadas al fuego 3 mujeres judaizantes; 2 se arrepintieron llevándolas al suplicio, otra murió impenitente, y á los demás se impuso el castigo correspondiente á sus causas. El 18 de Mayo de 1721 se hizo otro auto de fé, en que salieron penadas 24 personas, 18 vivas y 6 en estatua; relajáronse de ellas al brazo seglar para ser quemados, 2 hombres y 3 mujeres, aunque sólo lo fueron un hombre y una mujer: á los otros se dió garrote, por haberse convertido. Finalmente, el 22 de Febrero de 1722 se celebró tambien auto de fé, en que salieron 6 hombres y 5 mujeres, por herejes judaizantes, de los cuales sacaron al dia siguiente 4 de los primeros y 2 de las segundas por las calles públicas, y se les dieron 200 azotes. No repugnaban todavía estos espectáculos á la ilustracion de la época: la costumbre hacia que pareciesen tan naturales y justos como las ejecuciones de nuestros dias.

Pero con este rigor alternaban otras providencias benéficas, y por lo mismo dignas de mencionarse. Deseoso D. Felipe de poner en práctica los principios de una buena administracion, procuraba fomentar los recursos del Erario, favoreciendo al propio tiempo los intereses de los pueblos. El año 1717 quedó suprimido el estanco del aguardiente y demás licores, permitiéndose fabricarlos y venderlos libremente; asimismo se suprimió la renta de pescados que por razon de consumos pagaban los pueblos en lo interior del Reino, y el impuesto de un maravedí en cada libra de las que se consumian en el radio de veinte leguas de distancia á la mar, dejando sólo subsistente el derecho que por entrada ó salida se satisfacía en los puertos. Para aliviar la desgracia de las personas realmente menesterosas, se creó en Madrid un hospicio, cuya fábrica no se vió concluida hasta finalizar el siglo, y en él se dió acogida á los pobres mendicantes imposibilitados para el trabajo, estableciendo penas para los viciosos y vagamundos; y en cuanto á los vergonzantes, se dispuso que fuesen socorridos por los curas de las parroquias. No mucho despues se intentó tambien reformar los trajes, que en lo general conservaban aún el carácter de la dinastía austriaca. El 6 de Octubre de 1723, con el objeto ó con el pretexto de evitar los abusos que se originaban de andar encubiertas las gentes por las calles, se publicó un

bando prohibiendo el uso de gorros y de embozos, bajo pena de encarcelamiento y del castigo que se creyera justo aplicar á los contraventores; y reproduciendo en parte las antiguas leyes suntuarias, dióse al siguiente mes una pragmática, en que se vedaba el uso de oro ú plata en los vestidos y en todas las demás cosas, á excepcion de lo que se gastase en los ornamentos y objetos del culto divino. Permitíanse sólo los botones de plata y oro de martillo, y se moderaba el uso de los encajes, el de los coches y el de todo cuanto podia contribuir al exceso de lujo y de regalo.

Era el 9 de Febrero de 1724 cuando el nuevo Rey empuñaba el cetro que su padre le habia cedido; éste, á pesar de la crudeza de la estacion, se trasladó, como habia anunciado, al Real Sitio de San Ildefonso, y para auxiliar á aquel en la pesada carga del gobierno, nombró un consejo compuesto de personas capaces y de dignidad, entre las que figuraba alguna identificada con la voluntad é intereses del marqués de Grimaldo, que acompañó en su retiro á D. Felipe y continuó haciendo las veces de secretario. Verificóse la proclamacion de D. Luis con las ceremonias de estilo y el júbilo de costumbre. El vulgo tomaba por moneda corriente todas aquellas demostraciones, creyendo que un monarca de diez y siete años y educado en tan buena escuela como la de su padre, no podia ménos de corresponder á las esperanzas de la Nacion; pero los que estaban en interioridades sabian muy bien que el jóven príncipe no contaba con suficientes luces ni experiencia para el empeño en que se veía; de donde inferian que el verdadero rey no habia de gozar de más autoridad que la que le concediese el que habia renunciado á serlo.

Destruian en cierto modo estas conjeturas, dando motivo á nuevas murmuraciones, las sospechas de que D. Felipe aceptase por fin la sucesion de Francia, caso de quedar vacante, como lo hacia presumir el estado de Luis XV; pero sometido formalmente este asunto á la deliberacion del consejo de España, se desestimó otra vez por las mismas razones que ántes, y D. Felipe tuvo el buen sentido de adoptar el mismo dictámen, quedando así terminada la negociacion que habia pendiente. La córte entretanto, segun los intereses ó aficiones de cada uno, se hallaba dividida en dos parcialidades, la que echaba de ménos á los soberanos de la Granja, y la que preferia á los reyes jóvenes con todas sus imprudencias y desaciertos. Habian, sin embargo, llegado estos á un extremo verdaderamente vituperable: uno y otro cónyuge se permitian extravagancias y libertades impropias de su dignidad, por más que algunos trataran de disculparlas con la impremeditacion de sus pocos años. El Rey se daba á aventuras nocturnas, saliendo encubiertamente de Palacio, y ensayando su temeridad en saltar las tapias de los jardines, para robar fruta ó cometer otros excesos, viviendo además enteramente apartado de la Reina; ésta á su vez, ó resentida de aquel desvío, ó lo que parece más probable, ejercitada ya en cierta especie de devaneos, procedia tan descompuestamente y tan sin rebozo, que fué menester encerrarla en una habitacion del alcázar, donde permaneció algunos dias, hasta que confesó todas sus faltas, prometiendo en-